

Año de la Fe:

Redescubrir la alegría de creer y comunicar la fe

■ Jude Muscat

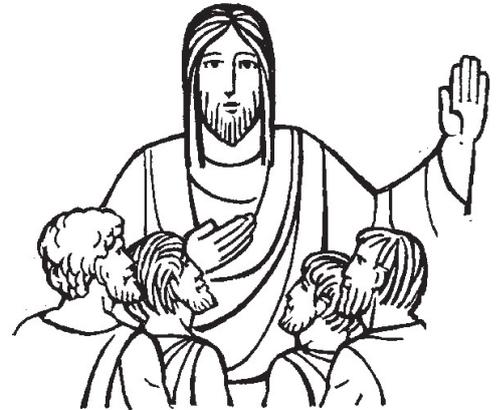


La alegría de creer

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (Nº 163) nos enseña: «La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios “cara a cara” (1 Co 13,12), “tal cual es” (1 Jn 3,2). La fe es, pues, ya el comienzo de la vida eterna». Esta bella definición de la fe ya contiene un grado de alegría aun como una afirmación, cuanto más cuando esta fe llega a ser en el creyente su modo de vida. La fe, por tanto, no es una información estática que subsiste en nuestra mente, sino más bien una actividad dinámica de la persona que está viajando alegremente hacia la casa del Padre. La fe es también una entrega total a Dios, ya que en obediencia sometemos libremente todo nuestro ser «ofreciendo la sumisión total de nuestro intelecto y voluntad a Dios» (*Dei Verbum* 5).

Estos dos aspectos de la fe —la actividad dinámica y la entrega total— nos ofrecen una sana paradoja. La tensión positiva que existe entre las dos nos ayuda a ahondar en el objeto de nuestra fe. Esto me trae a la mente una analogía. Imaginémos a nosotros mismos superando la gran turbulencia de un rabión peligroso. Cada remero en el bote debe remar por su vida y por las vidas de los otros, como si todo dependiera de su energía, fuerza y voluntad para sobrevivir. Al mismo tiempo, cada remero debe someter toda su energía, fuerza y voluntad a las órdenes del jefe del equipo, que sabe y ha experimentado los rabión varias veces, y es un maestro que conoce bien las fuerzas de los miembros de su equipo. Este es el «viaje aquí abajo». Este viaje nos hace preguntar el cielo, el lugar donde la alegría y la paz «superan todo lo que podemos pensar» (Fil 4,7).

La alegría de creer tiene su fuente en el Dios Trino. Esta alegría es eterna y su carácter de lo más excelente. La fe es, en lenguaje moderno, el hipervínculo que nos lleva directamente a esta fuente de alegría, la atracción que le da potencia a nuestros pies viajeros y nos empuja a la acción. Estar con el maestro remero en el bote es en sí mismo fuente



de alegría. En su sabiduría, Dios nos ha llamado a su equipo, nos ha facultado y edificado como comunidad de creyentes. Nuestro Señor y Maestro no se sienta simplemente a la orilla del río gritándonos las instrucciones. Él rema con nosotros y nosotros con Él. Nos une a todos en una unión gozosa.

La alegría de pertenecer

El salmo 122 recoge y conserva la alegría exultante de los peregrinos del Antiguo Testamento viajando a la casa del Señor. Sin preocuparnos de debates académicos, simplemente aceptamos el hecho de que en algún momento de la historia, Jerusalén se convirtió en la meta de las peregrinaciones para todos los de las doce tribus de Israel (Sal 122,4). Esto presagia a los cristianos viajando hacia la Nueva Jerusalén. El salmo nos trae la alegría inicial, incluso anterior al viaje mismo: «Qué alegría cuando me dijeron...» (v. 1). No sabemos nada acerca del viaje en sí, porque en el versículo 2 los pies del peregrino ya están en los umbrales. El salmo 42 nos da una indicación de la multitud en procesión con «cantos de alegría y alabanza» (v. 5). San Agustín capta el espíritu de este salmo cuando describe su anhelo por la casa del Señor como una llama que se extiende entre los creyentes y les anima a caminar juntos con alegría. La alegría expresada por el peregrino en el salmo 122, recae en el objeto de su amor: Jerusalén. Jerusalén es el lugar de reposo de Dios (Sal 132,14) y el lugar donde la comunidad se reúne para alabarle (cf. Sal 122,4).

Reunirnos como comunidad de oración en nombre del Señor Jesucristo es y siempre será una expresión de alegría. Nuestros encuentros, reuniones de oración y asambleas no deberían ser nunca acontecimientos rutinarios que llenan nuestros calendarios de actividad, sino más bien un grito espontáneo de alegría acompañado de nuestros cantos de

EN ESTA EDICIÓN

Año de la Fe:

Redescubrir la alegría de creer y comunicar la fe

Jude Muscat

Liderazgo:

Servidores fieles y audaces

Marcos Volcan

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Qué pasa si la vida de un servidor no está en regla?



En su sabiduría, Dios nos ha llamado a su equipo, nos ha facultado y edificado como comunidad de creyentes.



acción de gracias y alabanza, Nuestra reuniones deberían estar enraizadas en el trayecto hacia la vida eterna, que, como hemos visto más arriba, es un anticipo de la alegría del cielo. El 26 de mayo de 2012, el papa Benedicto XVI les dijo a los miembros de la Renovación en el Espíritu de Italia: «No caigan en la tentación de la mediocridad y el hábito». El Espíritu de Dios que produce el fruto de la alegría en nuestros corazones está eternamente activo en nosotros y en la comunidad de creyentes. Entregarse a él con alegría da vida a la comunidad creyente. La mediocridad, por el contrario, mata la comunidad y produce apatía, indiferencia, pereza, quejas y falta de iniciativa, transformándonos en un grupo inproductivo de personas, aburrido y nada creativo.

La alegría: un fruto del Espíritu

Redescubrir esta alegría interior significa que necesitamos redescubrir el fruto de la experiencia singular del bautismo en el Espíritu Santo. Con una cierta dosis de nostalgia y un deseo profundo de revivir esta experiencia poderosa, recuerdo y canto con pasión: «Esta alegría no va a pasar, porque está dentro de mi corazón...».

La catequesis y el estudio son elementos esenciales de nuestra vida cristiana. Son desde luego importantes para nuestra madurez eclesial y nuestro crecimiento. Siempre debe existir un equilibrio perfecto entre la dimensión carismática e institucional en nuestras vidas y en la vida de la Iglesia. Debemos recordar todos que la singularidad de esta alegría no saldrá de los libros, sino más bien de una experiencia dinámica y explosiva de rendirse libremente al poder del Espíritu Santo dentro de nosotros. La alegría como fruto del Espíritu Santo es contagiosa porque no surge de acontecimientos mundanos sino del seno del Dios Trino. Por lo tanto, es un tipo de alegría universal que es común a todos. Esta alegría no emana de la cultura de uno, sino más bien la afecta y la transforma en una alegría que sobrepasa los límites culturales. Arrojar las expresiones exultantes de alegría al cesto de la cultura es una visión reduccionista del poder transformador del bautismo en el Espíritu Santo.

La alegría como fruto del Espíritu Santo nos conduce siempre a *Gálatas* 5. Pablo utiliza la frase «obras de la carne» para hablar sobre los vicios, mientras que presenta las virtudes como «frutos del Espíritu». Pablo subraya diferencias importantes entre ambas cosas. Por una parte, hace hincapié en la actividad pacífica y espontánea de una vida conducida por el Espíritu Santo, y por la otra, dice que los esfuerzos humanos solo pueden llevar a la corrupción. La alegría que el mundo no nos puede quitar (cf. Jn 16,22) le pertenece solo a Dios, con Cristo como mediador y

consumada en nosotros por el Espíritu Santo.

Una alegría distinta

Hemos visto que la alegría en el Espíritu fluye del Dios Trino y no es producto de los esfuerzos humanos. Es alegría pura que sobrepasa el entendimiento y a veces su lógica es algo confusa. Las dos parábolas en *Lucas* 15, 1-10, siempre me han intrigado. Pensar que el pastor abandona a las 99 para buscar una oveja no pertenece al ámbito de la lógica humana, a menos que por supuesto la oveja tuviera el vellocino de oro. La historia de la mujer que perdió una moneda de plata de diez que tenía es bastante comprensible. Luego nos sorprendemos de saber que llamó a sus vecinos a que se alegraran con ella cuando encuentra la moneda. El texto no define la celebración, pero ¿qué sentido tiene perder el tiempo buscando enérgicamente la moneda perdida y luego gastársela en los vecinos?

En una reflexión más profunda, uno se regocija por el hecho de que Dios no tenga lógica humana: ¡yo seguiría siendo una oveja perdida si Dios tuviera mi lógica! En segundo lugar, Jesús en el *Evangelio de Lucas* está mayormente interesado por la alegría que surge en un pecador arrepentido. Dios es completamente otro, santo, fiel y misericordioso, y nos trata como el padre más amoroso. El amor por lo perdido se transforma en acción, la acción se transforma en vida para aquellos que aceptan el acercamiento amoroso de Dios: y entonces comienza la celebración en el cielo. ¡Oh, si pudiera ver a los ángeles y a los santos alegrándose por un pecador arrepentido!

La alegría lleva a las personas a Dios

La alegría, como hemos dicho antes, edifica la comunidad y así según la lógica del párrafo anterior, hace un círculo completo: de la alegría al amor, luego a la acción, luego a la vida y vuelta nuevamente a la alegría en el cielo y en la tierra. La alegría misma se vuelve un medio poderoso para compartir la Buena Nueva. La comunidad amorosa (cf. Jn 13,35) que sale a buscar lo perdido es una expresión viva de la alegría, *ad intra* y *ad extra*. La alegría toca y sana el corazón humano que está inmerso en la cultura de la muerte y la oscuridad. La alegría grita a lo más profundo de los oprimidos, los marginados y aquellos cuya voluntad de vivir está perdida o dañada, debido a la pobreza de todo tipo.

Redescubrir esta alegría es un pilar en la estructura de la nueva evangelización. Es como el anuncio de la gran alegría que brilló en la oscuridad rodeando a los pastores el día de Navidad. Mientras los ángeles daban la Buena Noticia, la gloria de Dios brilló y la oscuridad se convirtió en luz, la mediocridad se volvió alegría, los que estaban muertos espiritualmente vivieron de nuevo, y todos caminamos juntos con gritos de alegría en el trayecto hacia la vida eterna. 🕯

Servidores fieles y audaces

■ Marcos Volcan



Podemos observar que cada vez hay más libros y cantidad de cursos —no solo en el mundo de la administración y los negocios, sino también en el ámbito religioso—, que intentan entender los diferentes factores implicados en el ejercicio de liderar.

En el análisis que sigue, buscaremos en la Sagrada Escritura algunos principios fundamentales aplicados por las primeras comunidades de los apóstoles, y que pueden ofrecer elementos que contribuyan a la formación de líderes perseverantes y valientes.

En el *Libro de los hechos de los apóstoles* se nos presenta una comunidad cristiana muy comprometida en llevar a cabo la desafiante misión que les fue asignada —la de proclamar el Evangelio—.

A través de los impresionantes acontecimientos relatados a lo largo del *Libro de los hechos*, podemos apreciar que el trabajo de la Iglesia primitiva, requería de sus miembros, y muy especialmente de sus líderes, un alto grado de compromiso, que les exigía, no solo tiempo y energía sino una habilidad para enfrentarse y resolver los problemas. Los capítulos 3 y 4, por ejemplo, nos describen el ministerio de Pedro y Juan que, después de sanar a un cojo, enseñan en el templo. Siendo después apresados, interrogados y amenazados a causa de ello.

Podemos apreciar cómo la comunidad de los apóstoles resolvía sus desafíos y las persecuciones que iban experimentando. En *Hechos* 4,29-31, la oración que realizan los apóstoles nos ayuda a comprender la naturaleza del servicio que esta comunidad deseaba ofrecer al Señor:

«Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas...»

Los miembros de la comunidad se enfrentaban a un problema realmente serio, estaba en riesgo su integridad física. Basta recordar que fueron las autoridades religiosas de la época las que llevaron a Jesús a la muerte. Por lo tanto, los discípulos sabían, y ya habían sido advertidos por el propio Jesús, que podrían sufrir persecuciones (cf Lc 21,12).

¿Qué hicieron entonces? Entregaron las amenazas a Dios porque comprendieron que ellos no tenían la habilidad para resolver aquel problema. Esto no significaba que ellos fueran negligentes, sino que demostraba que ellos comprendían que solo el Señor podía encargarse de ello.

Con esta actitud, de total confianza en Dios, la comunidad se enfrenta a las preocupaciones y al miedo, sentimientos que cuando se instalan, se llevan normalmente lo mejor de la vitalidad de una persona o de un grupo, llegando a paralizar sus acciones. Es más, ellos prosiguieron pidiendo valentía.

«... y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía»

Una vez escuché a alguien decir que cuanto más rezaba, más ataques del mal tenía. Muchas personas creen esto. La comunidad se protegió de la atadura a esta creencia, pidiendo valentía. Como vemos, no se centraron en el problema sino en la misión. Tenían una visión clara de lo que deseaban alcanzar y, por eso, presentaban ante Dios la petición de poder anunciar su Palabra.

Fue también el Señor quien instruyó también a sus discípulos a hacer eso. En su memoria resonaba fuerte la voz que decía: «Vayan por todo el mundo» (Mc 16,15); «hagan discípulos a todas las naciones» (Mt 28,19). Me imagino que se despertaban y se dormían pensando en aquello. Era un deseo que les consumía y que estaban dispuestos de alimentar y alentar en la vida de la comunidad: «¡sin asombros!».

Para esto sería necesario el coraje, como veremos en los versículos siguientes, estaban dispuestos a seguir adelante, utilizando los mismos recursos de evangelización que habían sido la causa del encarcelamiento de Pedro y Juan.

«... extendiende tu mano para que realicen curaciones, señales y prodigios en el nombre de tu santo siervo Jesús»

La comunidad oró al Señor, en el nombre de Jesús, para que les conceda la gracia de signos y prodigios para atestiguar la proclamación de la Palabra de Dios. Ellos no piden, seguridad o riqueza, sino que deseaban recibir el poder para realizar la misión conforme a lo que Jesús había predicho en *Marcos* 16,17: «Estas son las señales que acompañarán a los que crean». En *Juan* 14,12, Jesús llegó a decir que harían obras mayores de las que él hizo. Se trata de una petición audaz y, lo que es más importante, centrada en Jesús. Fue también así como Pedro actuó en el templo, cuando dice que no era él o Juan el que había realizado el milagro de sanación del cojo, sino Jesús (cf. Hch 3,16).

Claramente podemos ver que esta comunidad estaba siendo guiada al cumplimiento de su misión al buscar la voluntad de Dios. El discernimiento que ellos utilizaron para interpretar el deseo de Dios, fue mantener viva en su memoria lo que Jesús les había dicho. Esto quiere decir que ellos atesoraron sus palabras. Eso ayudó a la comunidad a enfrentarse con un grave problema que naturalmente acompaña a la condición humana, y que, muchas veces, fue el gran problema al que se enfrentaron también los profetas en el Antiguo Testamento; esto es, el pueblo de Dios tiene una memoria de corta duración y se olvida rápidamente de Dios y de las señales de su presencia entre ellos.

Sin embargo, guardar un recuerdo vivo del Señor es el tipo de conducta que genera vidas comprometidas, con corazones agradecidos, y que, normalmente, desean retribuir con el servicio y la donación. La comunidad se veía llevada a promover esta especie de círculo virtuoso (cf. Hch 4,32-25).

Se trata, por lo tanto, de una comunidad que reivindica, por lo que Jesús había dicho, los derechos adquiridos en el deber de la misión. Y, por lo que parece también era eso lo que Dios quería concederles. En el v. 31 la comunidad experimentó un nuevo Pentecostés:

«Acabada su oración, retendió el lugar donde estaba reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía.»

Lo que había sucedido en Pentecostés se vio renovado por el Espíritu en la vida de la Iglesia naciente. La comunidad apostólica, mientras tanto, nos da un ejemplo de que, ante los nuevos problemas, ante las dificultades, no debemos contar solamente con nuestras fuerzas, sino caminar con el auxilio y el poder del Espíritu. En un futuro cercano, Pablo, apóstol, advertirá a los gálatas para que tengan cuidado de no terminar en la carne lo que comenzaron por el Espíritu (cf. Gal 3,3).

La comunidad creía no poder prescindir de nuevas efusiones del Espíritu, pues en ellas, la comunidad recibe la audacia y el valor, o sea, se enfrenta a la persecución con una fuerza que desconocía. Desarrollan nuevas habilidades misioneras, con una visión ampliada. Superan obstáculos que antes les parecían demasiado grandes. Desde esta nueva perspectiva, los problemas se vuelven oportunidades, las tribulaciones momentáneas adquieren el peso de la gloria, y son un verdadero campo de entrenamiento para discípulos, que a su vez deben estar atentos a las nuevas llamadas del Señor, y a las nuevas misiones que se irán desarrollando. 🐘



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Qué pasa si la vida de un servidor no está en regla?

Quienes se hagan discípulos de Cristo, enseña Pablo, deben «renunciar a la vida que llevaban, despojándose del hombre viejo, que se va corrompiendo dejándose arrastrar por los deseos engañosos, para renovarse en lo más íntimo de su espíritu y revestirse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad» (Ef 4,22-24).

El bautismo en el Espíritu Santo es una gran gracia, una capacitación para la conversión constante y la santidad. Todos los cristianos, pero especialmente los servidores, deben ser personas de santidad, integridad y buena reputación. Deben ser razonables, atentos y altruistas, y deben evitar toda impureza, idolatría, odio, envidia, ira, rivalidad y orgullo.

San Pablo nos enseña que un servidor, «en su calidad de administrador de Dios, tiene que ser irreprochable. No debe ser arrogante, ni colérico, ni bebedor, ni pendenciero, ni ávido de ganancias deshonestas, sino hospitalario, amigo de hacer el bien, moderado, justo, piadoso, dueño de sí. También debe estar firmemente adherido a la enseñanza cierta, la que está conforme a la norma de la fe, para ser capaz de exhortar en la sana doctrina y refutar a los que la contradicen» (Tito 1,7-9). Pablo condena firmemente una vida desordenada como una esclavitud a las tendencias egoístas de la carne (Gal 5,19-21; Ef 4,17-19), que son contrarias a los buenos frutos producidos por el Espíritu (Gal 5,22-23).

Si el servidor de un grupo de oración o comunidad vive en desorden moral, esto entristece al Espíritu Santo, bloquea el crecimiento espiritual de los miembros y crea desunión.

Los pecados que pueden tentar a los servidores incluyen el orgullo, la hipocresía, el alarde, la lujuria en todas sus formas, el amor por el dinero, las posesiones materiales y los honores y el rechazo de someterse a la legítima autoridad de la Iglesia.

Los servidores deben guardarse especialmente del orgullo que puede resultar de confiar una responsabilidad excesiva a los recién convertidos, o del ejercicio de carismas considerados prestigiosos como la profecía, las palabras de conocimiento y la sanación. Recuerden que el ejercicio de los carismas no demuestra la santidad ni la madurez de alguien.

El orgullo puede conducir a uno a criticar a los demás, a desafiar la autoridad y a rechazar las correcciones. La crítica y el juicio pueden a su vez destruir la armonía en un grupo.

De manera parecida, un apego a las posesiones materiales, la envidia o el deseo de hacerse rico son trampas que someten a una persona a la fascinación del ídolo «Mamón» (cf. Lc 16,13).

Cuando un hermano servidor pone en peligro la pureza sexual (por adulterio, cohabitación o pornografía), causa un escándalo grave y puede conducir a pecados incluso más graves, como la corrupción de menores bajo la apariencia del acompañamiento espiritual.

A veces al servidor de un grupo de oración le falta discernimiento y expone a la comunidad a influencias espirituales contrarias a

la doctrina de la Iglesia Católica. Por ejemplo, si va a Iglesias no católicas, puede exponerse a grupos infectados de una espiritualidad que ejerce profecías falsas, visiones falsas, dones de sanación y liberación ficticios y don de lenguas fingido.

Satanás también tienta a los servidores mediante los pecados de omisión: la falta de arrepentimiento, el abandono de la lectura de la Palabra de Dios, la laxitud en la oración, la práctica inadecuada de los sacramentos, la resistencia al Espíritu Santo, la propensión a dejarse conducir por mensajes y visiones místicas, en vez de caminar en fe, y la complacencia espiritual.

La respuesta al comportamiento desordenado

Jesús indica cómo practicar la corrección fraterna (Mt 18,15-18), que puede exigir medidas disciplinarias para proteger la comunidad. La corrección fraterna debe comenzar con oración, intercediendo por la persona y pidiendo a Dios sabiduría para abordar el tema. Para ser efectiva, la corrección fraterna debe hacerse con humildad (ver Mt 7,3-5) y debemos perdonar de antemano la falta aludida; de otro modo el proceso degenerará en una acusación estéril.

Algunos ejemplos concretos:

- Un hermano que había practicado la idolatría y el ocultismo se convirtió y se comprometió fervorosamente a servir al Señor. Poco después fue nombrado responsable del grupo de oración, donde se aseguró de que los nuevos recibieran formación espiritual. Sin embargo, él no había renunciado a todas sus prácticas espiritistas. Las utilizaba durante las oraciones de liberación. Este sincretismo fue desastroso. Después de un discernimiento del equipo diocesano, este hermano fue llamado al orden por el capellán y se le ordenó que dejara sus prácticas tenebrosas. Oraron con él ante Jesús Eucaristía. Él prometió obedecer, pero no lo hizo porque pensó que tenían envidia de sus dones. Fue denunciado y suspendido de sus funciones como responsable. La decisión fue comunicada a la congregación parroquial.
- Otro hermano a cargo de la formación en un grupo de oración tenía relaciones inapropiadas con mujeres. A pesar de los carismas evidentes que contribuían a su posición, los servidores le quitaron de su función y le sustituyeron.
- Otros servidores fueron destituidos por malversar dinero del grupo o por prácticas fraudulentas.

Conclusión

La corrección fraterna no siempre da los resultados deseados, incluso cuando se hace en el contexto del amor y la hermandad. Cuando los servidores, cegados por el orgullo, ya no se preocupan de provocar la confusión y el escándalo, se necesita una conversión sincera, incluso una oración de liberación para abrir su corazón. Es verdad, solo el Espíritu Santo nos convence de pecado, nos conduce a la madurez espiritual, nos da el temor de Dios y la autodisciplina para obedecer a la Palabra de Dios.